

El espíritu de Eugenio Bález



«Al hombre lo vi bien, era blanco, alto, delgado y vestía de blanco. Se me puso frente al carro y yo traté de frenar, recorté, pero no pude parar...»

JUAN DE LOS SANTOS RODRÍGUEZ

En 1724, el capuchino fray Francisco de Campanillas, en el sitio que hoy se conoce como Pueblo Viejo, al este de Villa Bruzual, con indios guamos y atatures, fundó la población de Yajure. En 1754 se unieron a estos indígenas un nutrido grupo de yaruros. Yajure fue conocida después con el nombre de Turén, cuya capital era Sabaneta. En 1864 le dieron a este pueblo el nombre de Villa Bruzual para honrar al valiente caudillo Manuel Ezequiel Bruzual, apodado «el soldado sin miedo», quien había hecho de Sabaneta, antigua capital del distrito Turén, su lugar de recreo y descanso durante la guerra de la Federación o guerra de los cinco años.

En este lugar, en 1808, según cuentan los creyentes, bajó un espíritu especial ungido de un gran poder y encarnó en Eugenio Báez, quien se convirtió en uno de los agricultores más destacado del caserío y de sus alrededores, no solo por su dedicación al trabajo del campo sino por sus conocimientos naturales sobre mágicas curaciones, protección de los animales del monte y tratos con la naturaleza para llamar la lluvia. Además, este hombre que vivió ciento dos años sobre esta tierra de gracia tenía un alto sentido de solidaridad para con los vecinos y admiración y amor por todos los recursos naturales renovables. Eugenio Báez, aún en este tiempo de luces y tecnología, sigue trotando con su caballo bayo por las tierras turenenses y muchos le conocen como el espanto de La Carama, porque allí se ahogó y por sus continuas apariciones en esa zona montañosa.

JUAN DE LOS SANTOS RODRÍGUEZ

Guitarrista y cantautor portaguenseño

En el año 1970, cuando yo trabajaba como alfarero haciendo materos y bateas en El Samán de Turén, mucha gente hablaba de que habían visto a Eugenio Báez. Ellos decían que era un jinete que se atravesaba en la carretera y a veces los perseguía. Más o menos en 1975, una noche como a las ocho se le apareció a un señor llamado Lorenzo Pineda (que en paz descanse), conductor de la línea Cooperativa de Transporte de Pasajeros Portuguesa, se le atravesó inesperadamente delante del carro y tuvo que salirse de la carretera para no atropellarlo. Casi que se mata este hombre.

Entre los trabajadores del volante adscritos a esta línea era común oír diferentes narraciones relacionadas con don Eugenio Báez. Yo simplemente las oía, pero nunca las creí hasta que una noche se me hizo tarde en Píritu y me fui para Turén como a las once. Cuando llegué a Las Vegas, es decir, a la entrada de Turén, de repente se me atravesó un jinete. Al hombre lo vi bien, era blanco, alto, delgado y vestía de blanco. Se me puso frente al carro y yo traté de frenar, recorté, pero no pude parar, y sin poderlo evitar me llevé por delante el caballo con todo y hombre, pero el carro no se detuvo y seguí. Mire, eso fue horroroso, a mí se me aflojaron las piernas que casi no podía acelerar, el estómago se me revolvió y me dieron ganas de vomitar. En El Samán me paré a respirar y a pasar el susto. Ese otro día a las seis de la mañana salí para Acarigua y pasé por el sitio y no había nada, ningún muerto, ni rastro de accidente. Además, nadie comentó absolutamente nada del asunto. Desde ese momento yo comencé a creer, a pedirle al ánima de Eugenio Báez y a llevarle velones a su tumba.

ROQUE ROMÁN

65 años, piriteño

Este hombre noble y generoso tenía más influencia en Esteller que en Turén, que era donde él residía. Eugenio Báez era prestamista. Tenía dos caballos, uno bayo color amarillento para prestar, y uno negro azabache para cobrar. A él también le dicen el espíritu de La Carama, porque allí donde tantas veces había pescado, allí se ahogó, y lo encontraron atrapado en una carama de palos y chamizas secas.

Este señor, aunque era prestamista, hacía mucho bien a los necesitados, y a los agricultores y que les daba plata para que sembraran y, a veces, se enriquecían; pero las riquezas eran efímeras. Su casa en Villa Bruzual la llamaban El Palacio de los Tres Palos, porque estaba situada entre tres árboles muy frondosos: una ceiba y dos camorucos.

Mi abuela Margarita Escobar, quien nació en 1891, contaba que un señor dueño de una hacienda de cacao, café y palma, de apellido Arroyo, fue muy próspero, pero en 1930, cuando murió, la hacienda se fue al suelo porque decían que el espíritu de Eugenio Báez le había prestado la plata para mejorar la hacienda. Asimismo dicen que los Navarro, Luis Rodríguez, don Luis Guillén, todos ellos arreglaron sus vidas, es decir, se pusieron en plata con préstamos concedidos por el espíritu de Eugenio Báez.

Ahora su espíritu mora entre los caños de Leñita y El Tigrito.

CARLOS (Carlucho) OJEDA

80 años, cronista del municipio Páez

En 1976, un sábado por la noche, en Turén, o Villa Bruzual para ser más exacto, nos fuimos a parrandear Manuel Graterol Santander, el poeta Carlos Gauna, el negro Omar Suárez y yo. A punto de medianoche se nos acabó el aguardiente y todas las taguaras ya estaban cerradas, entonces por consenso decidimos ir al cementerio de Turén, a la tumba de Eugenio Báez para pedirle en calidad de préstamo tres botellas de ron. Sabíamos que no nos caíamos, que allí íbamos a encontrar, pues sus devotos le traían mucho aguardiente. Los cuatro borrachos hablamos con él, hicimos el trato y le prometimos pagarle las botellas en el transcurso del mediodía del día siguiente y así lo cumplimos. A pesar del ratón y del trasnocho, antes de las dos de la tarde fuimos nuevamente a la tumba de don Eugenio Báez, le pagamos las tres botellas, y en agradecimiento, y para que otro día nos volviera a prestar, le dimos una serenata.

